

POR QUÉ SIEMPRE SE ENCUENTRAN ARAÑAS EN LOS RINCONES DE LOS TECHOS ?

Egya Anansi era un labrador muy capaz. Algún día, él, su mujer y su hijo, decidieron preparar durante un año una superficie de sus plantaciones mucho más grande que la de los años anteriores. Plantaron ñames, maíz y frijoles y fueron premiados con una buenísima cosecha. Era exactamente diez veces mayor que cualquier otra de las precedentes. Egya Anansi se sintió muy satisfecho cuando constató su riqueza en trigo y frijoles, pero era extremadamente egoísta y codicioso y nunca le gustaba compartir – nada – ni siquiera con su mujer o su hijo. Cuando vio que las cosechas estaban perfectamente maduras, meditó un plan para que él, y nadie más que él, aprovechará de ellas.

Llamó a su mujer y a su hijo y les dijo lo siguiente :

- Nosotros hemos trabajado muy, pero muy duro, para preparar esos campos. Nos correspondieron magníficamente. Ahora, vamos a reunir la cosecha, ponerla en costales y subirla allá arriba en nuestro granero. Después de haberlo hecho, necesitaremos un poco de descanso. Yo te propongo que tú y nuestro hijo regreséis a casa, en nuestro pueblo y os quedéis a gusto durante dos o tres semanas. Tengo que ir a la Costa donde tengo un trabajo muy urgente que hacer. En cuanto regrese volveremos juntos a la finca y haremos una gran fiesta bien merecida.

La mujer de Anansi y su hijo pensaron que era un plan muy bueno, muy sensato, y estuvieron en el acto de acuerdo con él. Volvieron directamente a su pueblo, dejando al astuto marido organizar su viaje. No se necesita precisar que él no tenía la menor intención de hacerlo. En vez de eso, se construyó una choza muy cómoda, cerca de los campos cultivados, la proveyó de toda clase de utensilios de cocina, juntó una gran cantidad de trigo y verduras proviniendo del granero y se preparó una fiestecita para sí solo. ¡ Y eso duró unos quince días ! Mientras tanto, el hijo de Anansi pensaba que ya era hora para él de ir a sachar los campos de la plantación, antes de que crecieran demasiado las malas hierbas. Por consiguiente, se fue allá y trabajó varias horas. Cuando pasó delante del granero, se puso a mirar adentro. ¡ Cuál no fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que más de la mitad de esa magnífica cosecha se había ido ! Se sintió en un gran aprieto, pensando que unos ladrones se habían manifestado,

y se preguntó cómo impedir otra fechoría. Cuando regresó al pueblo, explicó lo que había pasado a los que estaban presentes, y ellos le ayudaron a fabricar un muñeco de alquitrán. Cuando cayó la noche, acarearon el maniquí pegajoso hacia la plantación y lo pusieron justo en medio de los campos para espantar y alejar a los ladrones. Algunos jóvenes se quedaron con el hijo de Anansi para vigilar uno de los graneros.

En lo más profundo de la noche, Egya Anansi, saliendo de su escondrijo y totalmente inconsciente de lo que había pasado, vino como de costumbre a coger alimentos. En el camino hacia el granero, vio delante de él una silueta de hombre y, al principio, se sintió aterrorizado. Sin embargo, al darse cuenta de que el hombre no se movía, recobró ánimo y se acercó a él :

- ¿ A qué vienes tú aquí, eh ?, dijo. No hubo respuesta. Repitió su pregunta, con el mismo efecto. Entonces, Anansi se encolerizó y soltó un puñetazo a la mejilla de la silueta, con su puño izquierdo. Por supuesto, su puño se pegó firmemente a la pez.

- ¿ Cómo te atreves en retener mi mano ?, exclamó, déjame de inmediato o te vuelvo a pegar. Entonces, le soltó otro puñetazo a la silueta con su puño derecho, que también se pegó. Intentó librarse tirando por atrás con sus rodillas y su cuerpo, hasta que al fin de cuenta, rodillas, cuerpo, manos, cabeza estuvieran todos firmemente pegados al muñeco de alquitrán. Y así tuvo que quedarse hasta el amanecer, cuando su hijo llegó con los demás aldeanos para atrapar al ladrón. Por supuesto, estuvieron muy sorprendidos cuando se dieron cuenta de que el maldito autor de todas esas fechorías no era sino el mismo Anansi. El, por su parte, estuvo tan avergonzado estar atrapado en flagrante bribonería de avaricioso que se transformó en araña y encontró refugio en un rincón oscuro del techo, temiendo que alguien pudiera verle.

Desde entonces, siempre se encuentran arañas en los rincones oscuros, polvorientos, donde la gente tiene poca oportunidad de verlas.

In *Le Roman d'Anansi ou le fabuleux voyage d'une araignée*, éditions Caret 2006. Cuento Ashanti recogido por W. H. Barker et Cecilia Sinclair. (Traducido del francés por Noëlle Yabar-Valdez).